

(El traductor desea aclarar que el autor de este retrato ~~tilda a~~ este personaje ~~infinito~~ de presumido porque tiene una confianza ridícula e injustificada en su inteligencia)

Un joven que es inteligente (llamado aquí Ernesto) aprecia a otras personas ante todo por esta cualidad; y, a medida que aumenta su desprecio por aquello por lo que la gente siente mayor respeto, él se cree más instruido y más valiente; pero esperemos lo que pase. Cuando uno es lo suficientemente maduro como para formarse una idea propia sobre los principios (morales), hay algo así como un círculo de errores, el que difícilmente puede uno dejar de atravesar; pero las almas grandes se orientan en estas sendas oscuras, donde tantas personas rectas se pierden, porque llevan en su interior un sentimiento delicado de la verdad; ellas han sido hecho para la verdad, y a veces la hallan en el mismo punto de donde han partido para descubrirla; por otra parte tienen señales seguras para conocerla, que faltan a todos aquellos que aceptan como verdad lo que les dictan los prejuicios.

Ernesto, cuya edad justifica todo, no promete, sin embargo, este cambio favorable. Este hombre inteligente sirve de prueba de que hay verdades que uno conoce solamente con el corazón. A semejanza de aquellos que, no teniendo oído, crean sistemas musicales ingeniosos o llegan a negar la armonía diciendo que ella es <sup>una cosa</sup> arbitraria e ideal, Ernesto se atreve a asegurar que la decencia no es más que una ilusión; él está muy convencido que los grandes hombres son los que han sabido mejor engañar a los demás. Según él, si César era elemento, Mario severo, Escipión moderado, ello se debía simplemente a que <sup>eso</sup> convenía a sus intereses; él cree que Catón y Bruto habrían sido dandíes en este siglo, porque les habría traído mayor honra y provecho. Si uno le nombra otros hombres famosos, de esos que fueron decentes a carta cabal, a pesar de la época en que vivieron, él no aprecia a tales personajes, que sólo han sido grandes - dice - por instinto. A ellos los trata de hombres de poco talento, mientras que algunas de sus amigas son inteligentes como ángeles. En una palabra, él está convencido que uno llega a hacer cosas verdaderamente grandes solamente por reflexión, y relaciona todo con la inteligencia, como lo hacen todos aquellos que fallan por el corazón, los cuales, por más que crean sujetarse sólo a la razón, al tener ideas preconcebidas y guiarse por el egoísmo, se equivocan continuamente.

V. de Venanzos